

# Revelaciones literarias

## Un escritor ejemplar\*

DOI: 10.17230/co-herencia.20.38.12

Hernando Téllez\*\*

Un escritor diferente y ejemplar, en la literatura colombiana, y en nuestro tiempo, podría ser aquel que rompiera la línea más blanda y, por lo mismo, la más obvia y difícil de quebrantar en el proceso de la tradición. Es decir, de lo que en nuestra tradición literaria de cuatro siglos escasos constituye el común denominador de sus más difíciles vicios, presentados, sin embargo, como sus más altas virtudes; en lo que esa literatura tiene de más engañosa superficialidad, calificada, no obstante, de profundidad; en lo que presenta de más viciosa elocuencia, ofrecida como síntoma natural de abundancia; en lo que ofrece de más perniciosa retórica, exaltada como prueba de riqueza y fertilidad; en lo que brinda como imitación del modelo clásico español, garantizada como paradigma de autenticidad estilística.

Un escritor así, sería diferente y ejemplar. Y, a partir de su obra, en el supuesto de que esa obra existiera, acaso podríamos pensar en un lento y parsimonioso relevo, en una modificación de la perspectiva literaria y de la actitud crítica que nos ha estado sirviendo habitualmente para defender un orden ya estratificado de valores y una inmodificable jerarquía de méritos. Porque esto ocurre, a veces, en las llamadas “literaturas nacionales”. De pronto, una obra, de un escri-

\* Tomado de Hernando Téllez, 1979, *Textos no recogidos en libro, tomo II*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 847-853. Transcripción: Heiner Mercado Percia y Efrén Giraldo.

\*\* *Escritor y periodista colombiano (1908-1966)*.

tor desconocido, nos coloca sobre la pista de lo imprevisible, de lo inacostumbrado, de lo insólito. Llega discretamente, con cierto orgulloso pudor, con cierta magia cautelosa. Tal vez iniciamos su lectura con esa prevención desfavorable que es hija de un largo desencanto originado en una larga sucesión de promesas fallidas. ¿Será el nuevo libro, pensamos, una nueva tautología? ¿Debemos prepararnos, otra vez, para el melancólico ejercicio de las decepciones? ¿Entraremos, otra vez, a la selva de las palabras, en cuya asfixiante vegetación no aparece ni la semilla ni la flor de una idea? ¿Entraremos, otra vez, a la atmósfera caliginosa y gratuita del verbo, donde toda gracia lineal está perdida y todo esquema conceptual está disuelto y toda lógica pierde su rigor y su esencia? Nuestra duda y nuestra vacilación, frente a la obra que nos espera, han tenido una ya casi legendaria justificación en las alternativas de nuestra propia historia literaria. Pero ahora, ¿se producirá la sorpresa? El nuevo y desconocido escritor, cuyo mundo de símbolos, de intuiciones, de ideas, de revelaciones, cuyo particular sistema de resonancias espirituales, su orden particular del lenguaje, su tono estilístico, su noción de la belleza y de la fealdad, su ceremonial y su rito, su mística y su libertinaje, su misterio y su claridad, nos los entrega provisionalmente completos y limitados en el esquema formal de su libro, ¿conseguirá satisfacer esa natural exigencia de plenitud promovida por nuestra curiosidad y nuestro anhelo?

He ahí, sin duda, un instante gozoso de la indeterminación. Abrimos el libro y procedemos a una especie de primera exploración epidérmica sobre las páginas, semejante a la que las manos del hombre establecen, previamente al amor y a la entrega, sobre la superficie de algunos cuerpos femeninos. Y puede acontecer que el fenómeno del encantamiento opere al conjuro de unas pocas palabras, leídas al azar. Esas palabras acaso susciten de por sí, instalen virtualmente, con gracia y poder incontrastables, una especial atmósfera, un clima espiritual determinado. La relación que, *a priori*, parecía irrealizable, entre el universo del autor y nuestro propio universo, entre su aventura y nuestra “disponibilidad”, queda establecida. Han sido suficientes, decimos, unas pocas palabras. Estas, por ejemplo: “Nunca sabemos cuál es la faz verídica de los dones divinos. Los dioses recorren el mundo disfrazados de mendigos...”. Nada más. El prelude que nues-

tra secreta y aplazada avidez buscaba a tientas, un poco ciegamente, ha agotado, estimulado las potencias interiores, toda su eficacia. A partir del límite verbal en que concluye la frase, presentimos una fuerza de seducción, cuyas ricas promesas deben estar ahí, explícitas, en el cuerpo total de la obra. ¿Hemos de seguir o conviene demorar este intacto placer que nos promete, para toda la obra, una sola frase? “Quizá la facilidad y el talento que Dios concede a algunos, sea, con frecuencia, un don irónico; quizá la aspereza, la pesadez, la dureza, la lentitud de una inteligencia, sean las secretas condiciones de ricos y succulentos frutos...”. La indeterminación ha concluido. Las palabras del autor acogen la idea y a ella se adhieren como la piel sobre la carne. Nuestra cautela da paso a una certidumbre: la exigencia de plenitud que nuestra duda misma demandaba conocerá una satisfacción plenaria. ¿Y por qué? No sabríamos decirlo. Pero un mínimo gesto intelectual basta, a veces, para revelar todo un orden estético, la totalidad de una situación filosófica, una entera legislación personal de la sabiduría y la belleza. Entonces, frente al territorio aún misterioso e inconquistado del libro, nuestro recóndito anhelo de encontrar nuevas justificaciones que corroboren el impulso inicial que creó en nosotros un estado espiritual de simpatía, nos lleva páginas adentro. Ya estamos seducidos por un estilo. Ya penetramos en la atmósfera de unas ideas y, dentro de ella, quedamos situados. Es esta, acaso, la prueba más simple y decisiva de la “comunicación” espiritual, deparada por el encuentro con una obra respecto de cuya ejemplaridad y perfección nos sentimos seguros, lo mismo que de esas extrañas verdades, casi irrazonables, que, súbitamente, cristalizan en los acantilados de la conciencia tras un largo flujo y reflujo de las aguas del espíritu.

Ahora bien: ¿de dónde o de qué provienen esa ejemplaridad y esa perfección que cada una de las páginas del libro nos corrobora generosamente? La ejemplaridad y la perfección de esta obra provienen de sí misma, del prodigioso equilibrio mantenido, con inquebrantable rigor, entre la carga de belleza que encierra el estilo y el peso y la densidad de las ideas. Probablemente todo el arte literario, todo el arte de la escritura literaria consiste en hallar esa interna ley del rigor que establece un recíproco juego de equivalencias y adecuaciones

entre los dos elementos señalados. El fenómeno, casi inexplicable, de la plenitud estética, es, en su origen más profundo, una consecuencia de ese rigor, de ese equilibrio. La índole y la categoría de la obra de nuestro autor establecen, además, para ella, un derecho natural de pertenencia a la gran línea intelectual de los *Ensayos* de Montaigne, de *Los caracteres* de la Bruyère, de *Las máximas* de La Rochefoucauld, de los *Pensamientos* de Joubert. Diferente de todos ellos, par de ellos mismos, a ellos se emparenta este escritor en la actitud imperial de la inteligencia que ambiciona expresar y traducir, interpretar y compendiar el mundo, pero en función de la propia persona y de los datos que ofrece la propia conciencia, la propia inteligencia y la propia sensibilidad. “El mundo es mi representación”. ¿Sería esta su divisa? ¡Quién sabe! Como Montaigne, podría repetir en un gesto de cordial esquivar para la fama y la gloria: “Es este un libro de buena fe. Desde el comienzo te advertiré que con él no persigo ningún fin trascendente, sino sólo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan para tal designio. Lo consagro a la curiosidad de mis parientes y amigos para que cuando me hayan perdido puedan encontrar algunos rasgos de mi condición y humor... Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto...”.

Montaigne y los demás moralistas mencionados estarían, pues, en la lejana raíz, en el sistema planetario de referencias intelectuales de este autor. Pero su originalidad no se encontraría afectada por la pertenencia a tan excepcional parentela. Primero que todo, antes que todo, sería él mismo, únicamente él mismo y nada más que él mismo, disperso, parcelado, y, simultáneamente, sintetizado en cada una de sus notas, en cada una de sus opiniones, en cada una de sus ideas, en cada una de sus palabras. Un yo unitario en cada parcela de su pensamiento, y el yo total e intransferible en el conjunto de ellas. Además, “un desdén imperioso de lo inesencial”, semejante al de Joubert “J’ai donné mes fleurs et mon fruit: je ne suis plus qu’un tronc retentissant; mais quiconque s’assied à mon ombre et m’entend

devient plus sage”- haría de su estilo una estructura funcional y casi ósea, donde la geometría de la idea pudiera establecer sólidamente su eficiencia y su poder. Un estilo que fuese una “novedad clásica”, una incorruptible novedad por la adecuación al propósito y al objeto intelectual; que concentrara, en un proceso de voluntarioso despojo, de inexorable eliminación de todo lo fortuito y adicional, de todo lo innecesario y ocioso, la mayor suma posible de rigor y de exactitud verbales, de manera que las esencias quedaran a salvo de toda corrupción y de toda contingencia; un estilo, en fin, que fuese pura y simple arquitectura de la idea y cuya austera y sobria belleza tuviera el carácter de una ley interior, implícita en el mecanismo expresivo del pensamiento.

Pero, además de las calidades de este estilo, quedaría por hacer una tentativa de explicación respecto del significado de esa misma obra. El parentesco a que pertenece el autor, anuncia ya una obra de intimidad, modulada sobre el contexto de una vida, fruto continuo y fluyente de una sucesión de confrontaciones con el yo inagotable; una larga confesión para sí mismo, alternativa y cambiante como todo río interior que atraviesa el continente de una vida; confesión de todas las perplejidades y de todas las certidumbres que han estado acosando una existencia; confesión hecha día a día, sin la oscura vanidad y el hipócrita artificio de quien desnuda su alma para los demás, frente al coro de los testigos inmediatos en cuyas opiniones le parece percibir la anticipación de una gloria merecida. Una obra cuyo propósito radical de verdad supone esa especie de sagrada impudicia, casi pascaliana, de la moral, indispensable para enfrentarse “desprovisto, desnudo, pasmosamente inerme”, al litigio con Dios y con el mundo y con los hombres en el escenario de la conciencia. Una obra en la cual pudiéramos percibir a través de sus textos, esa lenta y aluviónica codificación de la sabiduría personal, formada y rehecha después de innumerables derrumbes espirituales en el doble territorio de la verdad y de la duda, pero cuya larga historia de cogitaciones y cavilaciones va dejando, en algo así como un sistema geológico de sucesivas agregaciones, perfectamente limpio y duro el suelo de las ideas.

No se llegue a suponer, sin embargo, que ese implacable rigor en busca de la verdad, equivaldría, en nuestro autor, a un nuevo fetichismo de la razón, a una nueva superstición de la inteligencia. Quedaría

incompleto y limitado si lo imagináramos, apenas, como un epígono retardado del siglo XVIII. “Cada idea que examino -diría él mismo- aumenta mi ignorancia y extiende mi incertidumbre”. “En filosofía, en moral, en estética, en política -añadiría- debemos intentar reemplazar la impersonalidad de la razón por la personalidad del espíritu”. ¿Qué sería esa obra? Emparentada o desprendida biológicamente de la gran línea de los moralistas franceses, diríamos que se nos aparece como un manual de sabiduría filosófica y un registro estético de las sensaciones; como un ensayo de explicación del mundo y del ser; como una aventura ontológica y, al mismo tiempo, como un propósito de recuperación y recreación de la belleza. Como una soberbia expedición solitaria en el océano de las ideas en busca de la esquivada verdad. Como una reiterada, persistente, infatigable interrogación en el misterio y en la claridad de la vida.

Una obra así, no cabe duda, sería diferente y ejemplar. Nos damos cuenta de que su penetración en nuestro mundo literario, y su adecuada ubicación en el sitio que le corresponde, como también su resonancia, su fértil incidencia en la historia literaria del idioma, no podrá ser rápida y fácil. Pero no importa. La historia literaria, como toda historia, tiene lenta pero implacable la justicia. Una interna necesidad de sus leyes va produciendo periódicos hundimientos, desapariciones en masa, silenciosas catástrofes que sumergen en el mar del olvido todas las estructuras que, en su base, estaban amenazadas por su propia insuficiencia y su radical debilidad. Porque eran falsas e inauténticas. De esta clase de naufragios históricos como de todo naufragio, no queda siempre en pie sino lo que merecía perdurar.

Nuestro autor y su obra, a nuestro juicio, ofrecen esa sólida y victoriosa resistencia a la marea histórica. Por consiguiente, ¿nos será permitido agregar que una obra así, de semejante categoría, en nuestra literatura, tan llena de flaquezas, tendría el carácter de una creación excepcional? ¿Y que sería una garantía de futuras grandezas?

Si ello es así, ¿por qué no añadir entonces que la superchería que nos ha permitido diseñar el perfil ideal de un autor y de una obra ejemplares, está edificada sobre la verdad? Digámoslo de una vez: todo lo anterior ha sido escrito, a propósito, y deliberadamente, como una indiscreta tentativa de exégesis de una obra y de un autor

que, nos parece, configuran ese modelo de ejemplaridad. El autor se llama Nicolás Gómez Dávila. Y la obra lleva este simple título: *Notas*. Pocas veces en la literatura de nuestro idioma, un libro ha garantizado tanto y tan lealmente su perduración ☪